



Finalista del II Certamen
de Literatura “Miguel Artigas”

Manuel Otero Galiacho

Nació en Madrid hace treinta años. Cursó estudios de periodismo que dejó sin terminar y se dedica, como todos los mortales, a sobrevivir con más o menos fortuna y alegría. Aficionado y conocedor de la vida rural por motivos familiares, pasó los mejores momentos de su infancia, adolescencia, juventud y vida rodeado de pinos y montañas.

Actualmente es colaborador de diversas revistas y responsable de información musical de la revista de la U.N.E.D. (*El Flexo*). Además es corrector de estilo e instructor de narrativa de sus amigos, actividad que compatibiliza con el tenis de mesa y los fines de semana en las montañas. Por lo demás, trabaja en un almacén, ve poco la televisión, y procura tener los ojos grandes.

Camorritos

Manuel Otero Galiacho

Aquí, en Camorritos, estamos bien. No suele llover, pero en invierno hace frío, mucho frío. Si cae algo de nieve, aparece gente con gorro, botas y mejillas tan sonrosadas como la piel de los marranos, que nos hablan despacio y con una sonrisa de lástima. Como si fuéramos tontos. Esa misma gente u otra parecida es la que en verano viene con palos con punta de hierro, gafas oscuras y pantalón corto, y pregunta igual, con la misma pena, por éste o este otro camino para ir al manantial, o a las «quebrás», o a la pradera. Nosotros les contestamos bien, cabalmente, y también sonreímos, porque aunque son pesados, se dejan sus buenos duros en el bar de Dimas, y en verano compran latas donde la Aurora, que es prima de mi mujer, Petra. Ellos, los andarines, quedan contentos del pueblo y suelen volver, que ya he visto yo tres o cuatro veces la misma cara; y algunos hasta se hacen casa aquí; porque aquí, en Camorritos, se está bien.

Y más desde que trajeron la luz, y al poco el teléfono, que antes se pasaba mucho peor el invierno. Fuera de la casa estaba todo oscuro como boca de lobo, y a ellos se los oía en el monte si es que el viento te dejaba. Dentro de la casa olía a petróleo de los candiles, y la chimenea convenía tenerla encendida todo el tiempo, desde que empezaba el frío hasta mayo o así.

No hace tanto que pusieron la luz, veinte años más o menos, que aún trabajaba yo en la resinera. Al primero que le enchufaron fue a Julián, que la Petra me decía por la noche en la cama: «Mira el Julián qué listo. Ya tiene electricidad, y dicen que se va a comprar una nevera». Entonces había pocas televisiones, eso vino después, pero las neveras eran una cosa bastante normal en la ciudad y en Davalos, el pueblo grande. Yo escuchaba a la Petra como si no, y procuraba no hacerme mala sangre, pero no se me iba de la cabeza que el Julián la había rondado de mozo, y que ella le hacía ojitos incluso cuando ya estaba conmigo, «no hagas caso, bobo, que son tonterías», y yo «ya, ya» pero con la tontería con la tontería el pueblo empezó a hablar, y Julián se hizo la casa al lado de la nuestra, que casi se tocaban las vallas de los corrales, y la gente decía, y Julián se casó con una de fuera, que era bastante tonta y murió al poco, y la gente decía que se había casado para que no dijeran, y que yo consen-

tía, y hubo quien dijo hasta que el Julián había matado él a su mujer para quedar viudo, libre y respetado.

La cosa fue pasando, y la gente dejó de decir de esto para decir de aquello que les resultara más tierno, y todo se olvidó; pero ya me estaba calentando mucho con que el Julián tenía luz, y tenía luz y tenía luz; así que yo la oía como el que oye llover, pero en cuanto nos pusieron a nosotros la luz en la puerta, llamé a Claudio, el electricista, y la metí en toda la casa. Hasta el corral tenía sus cables, que decía la gente que para qué quería yo que los pollos tuvieran luz, que si les iba a enseñar a leer de noche. Luego bajé a Davalos, y allí compré una nevera y bujías, y tiré al sobrado los candiles –luego tuve que volver por ellos, porque la luz se iba y venía mucho al principio, sobre todo en invierno y durante las tormentas– y me acuerdo de que miraba a Petra, y que ella me miraba a mí embobada y contenta, y yo le decía casi con rabia: «¿Ves? Ahora nosotros también tenemos electricidad, y nevera, y muchas luces. Tengo yo muchas más luces que el rufián ese». A mí me hacía gracia llamarle rufián al Julián, porque las dos cosas se parecían. A Petra no le gustaba que lo hiciera, pero esa noche se reía por todo, incluso por eso. Luego se me acercó melosa y me abrazó con suavidad. Sonreía sin dejar de mirarme, y me llevó de la mano a la alcoba. Nosotros solíamos estar juntos, y hacer matrimonio, éramos más jóvenes. Lo hacíamos casi todos los días, pero tengo yo para mí que aquella noche fue mejor; porque ella gritó.

Todavía ahora no sé por qué me di tanta prisa en lo de la luz. Supongo que para dar en las narices al Julián, o por contentar a la Petra; lo que es seguro es que no fue por mí, porque yo estaba siempre en el monte.

Yo siempre he trabajado en el monte. Me lo enseñó mi padre. De joven empecé en la resinera y después de la milicia hice un curso y pedí para guarda forestal en la zona. Me lo dieron, pero el monte de por aquí es muy grande, y tiene muchos caminos que vigilar, de manera que me pasaba todo el día fuera de casa, con la escopeta y cartuchos de sal y de balines que me hacía yo en los refugios, a ratos. Llegaba por la noche, ya tarde; desde la ladera alta distinguía la sombra de la Petra tras de la cortina, preparando la cena en el fogón. Luego tenía que bajar al valle, y después subir la cuesta, porque Camorritos está encima de una loma baja dentro de un valle. Es como si la loma fuera hija de los montes de al lado, una hija agostada como Luisi, la que tuvieron el Sebas y la Luisa, que nació muerta.

Pues eso, que desde que veía mi casa encendida, hasta que llegaba a hablar con Petra, todavía pasaba una hora larga, y siempre se me terminaban por encender todas las estrellas. Llegaba cansado de andar por ahí todo el día, y enseguida cenaba y nos acostábamos.

Tenía una perrilla. La Rusca. Hija de siete leches, que a veces era parda y a veces gris. Traía siempre cara de guasa y era menuda y saltarina. Tenía buenos vientos, y era fina de oído; además era bastante espabilada. Su único fallo es que era un poco viroja, y andaba como de lado.

«Esa perra anda viroja», me dijo Julián en una ocasión en que coincidimos andando en una trocha, y se vio obligado a hablar, se conoce. «Pues siempre ha sido así, y nunca se ha caído», le dije yo, y no dije más, y él tampoco ya.

A la Rusca, y luego a su hija que también la llamé así, me la llevaba yo al monte solo cuando hacía bueno, porque si había nieve o hacía mucho frío o iba a llover, yo me quedaba la noche en algún refugio y cenaba de morral, y no era cuestión de llevar también comida para un perro, o que se quedara a verlas venir, la pobre.

Bien contenta que iba ella camino adelante oliéndolo todo y persiguiéndolo todo. Siempre atenta a que yo la silbara o sólo la chistara para venir correteando -viroja ella- hasta donde yo estaba, y volver a alejarse un poco, alegre y mirando para atrás. Daban gusto esos días en que todavía no hacía calor. Salía yo de buena mañana después de que la Petra me hubiera puesto algo en el zurrón para almorzar. Yo le daba un beso, y la perra me miraba tumbada a la entrada de la casa, y me veía alejar sin moverse. Entonces yo me giraba, y sólo con susurrar su nombre, ella salía disparada hacia mí.

— ¡Rusca! —decía yo, y ella como un cohete. Y me iba por el pueblo hacia el monte con la escopeta y bien aviado de cartuchos y comida para el mediodía. Más contento que chupita.

Yo no cazaba, por lo menos mientras trabajaba; los cartuchos de sal eran para los furtivos, que iban por jabalíes y usaban postas, y los de plomo por si tenía que defenderme, o matar algún conejo para comer en los días en que no bajaba al pueblo.

La gente me decía que llevara alguna posta por si la cosa se ponía fea alguna vez.

— ¡Qué se ha de poner! —decía yo—. ¡Qué se ha de poner!... No metiéndose en líos...

Y es verdad. Hay que conocer el monte y saber lo que puedes hacer y lo que no. Los animales no te van a dar sorpresas; el peligro son los furtivos, que hay algunos con los que hay que ponerse burro.

Andábamos una mañana cerca del río, cuando oímos tiros que sonaban por donde la risca baja. Allí sólo podían ser furtivos, porque la zona es de veda; así que fuimos. Eran dos, los vi desde arriba, andaban agazapándose aquí y allá. Señalaban a algún sitio, y los muy tarugos iban sin perro. Les di una voz desde lo alto y cuando me miraron después de mucho remoloneo, hice señas para que fueran al prado que tenían un poco más arriba. Allí fueron, y allí nos vimos cuando llegué yo. Les pedí las licencias y no tenían. Les dije que me tenían que dar las escopetas y no quisieron. Hablaban alto, sobre todo uno que se empezó a envalentonar viendo que yo estaba solo. La Rusca le ladraba y él de vez en cuando le lanzaba un puntapié y alguna maldición, pero ninguna de las dos cosas la hería. El otro, el apocado, intentaba serenar la cosa, pero su amigo no le dejaba. Les volví a pedir las escopetas, y mientras uno daba voces y se ponía cada vez más farruco, el otro se intentaba escabullir corriendo hacia los árboles. Todo pasó muy rápido. Di el alto al que corría mientras lo apuntaba. No se paró, y le disparé a las piernas. La sal debía de escocerle mucho, porque cayó al suelo berreando como un marrano.

El otro, mientras, ya le había pegado un tiro a la Rusca. La posta le había dado en la pata, salía sangre a chorro, la perra lo mordía sin soltar, pero él parecía no hacer caso.

El segundo disparo de su escopeta iba por mí, pero no sé si fue por la perra que lo incordiaba, o que a lo mejor en el último momento no quiso herirme mucho, el caso es que la posta sólo me rozó el hombro. Me fui para él y le estampé el culatín en la cara. Cayó al suelo, y se iba a levantar cuando le arreé otra vez con la escopeta. Me miró tumbado boca arriba. Sus ojos se abrieron con miedo al sacar yo el cuchillo. No podía hablar casi. Tenía la boca descolgada del culatazo que le di, pero aún decía algo así como denuncia, o renuncia, que nunca supe seguro lo que dijo.

Así que con el cuchillo desguacé el mecanismo del gatillo; luego doblé los cañones y partí la culata contra un tocón. Me fui donde estaba el otro y también le estropecé la escopeta. Seguía gritando, pero cuando me vio acercar se calló enseguida. La Rusca estaba tumbada, apoyada en una piedra. Me acerqué a ella. La posta le había atravesado la pata, pero no le había tocado el hueso. La herida era limpia, aunque perdía mucha sangre. Taponé el agujero con unas hierbas de por ahí y me la eché al hombro. Nos fuimos a casa.

Allí, la Petra nos recibió extrañada. Se asustó al ver a la Rusca herida, y se asustó más cuando le conté cómo había pasado todo. Yo, mientras, echaba vinagre en la herida de la Rusca y de mi hombro. Luego la vendé. A mí me curó Petra entre suspiros.

Me la mató una jabalina años más tarde. Ya estaba un poco vieja, y acababa de salir de su tercer destete. Anduvimos toda la mañana por el monte, y no se la veía normal. Marchaba muy junta a mí, y no se distraía con pájaros o flores como siempre. A la entrada de un collado desapareció corriendo. Se oía entre las matas ruido de gruñidos y movimientos, luego salió disparado un jabato, y la perra lo iba corriendo. Yo la llamaba a voces, pero ella no atendía. Era muy peligroso lo que estaba haciendo –con los jabatos no se juega, siempre van en compañía de la madre, y una jabalina en cría es peor fiera que una manada de lobos–. Los arbustos se apartaron deprisa para dejar paso a la jabalina. Salió de allí como los toros de chiqueros, y enseguida enfiló a por la Rusca. Yo ya no gritaba, no fuera a tomarla conmigo, y la perra tampoco se movió apenas. La partió en dos y se fue; sólo hizo falta que la enganchara un colmillo debajo del cuello y la sacudiera fuerte. Las patas casi ni se movieron y la cabeza de la Rusca saltó como el tapón de una botella. Luego todo se fue: la Rusca al suelo, destrozada, y la jabalina con la cría, rápidamente entre unas jaras. Allí me quedé yo. Solo. No llevaba postas, ni las hubiera usado, ni me lo hubiera agradecido nadie. Ni yo, ni la Rusca, ni el monte.

Nunca supe por qué anduvo tan rara ni por qué hizo que la jabalina la matara. Tampoco le di importancia; las cosas raras pasan, a veces.

Durante un año entero estuve sin salir acompañado al monte. Petra salía conmigo al merendero, pero era sólo algún domingo que hacía bueno y yo no iba a cazar. La boba lloró ríos cuando le conté lo de la jabalina, y eso que siempre hizo poco caso a la perra. Luego, sólo con mirar a los cachorros se enterecía. «Míralos, pobres, sin madre». «¡Vamos, mujer, no seas tonta. Son perros, déjalos. Mejor sería ahogarlos!», le contestaba yo tranquilo. Había visto que desde que estaba preñada ella también se portaba raro. Seguía haciéndole ojillos al Julián, eso era normal, pero a mí me decía que a ver con quién andaba –y yo que con quién quería que anduviera, que solo, en el monte–, que si nunca le traía flores –y yo que no, que para qué–, que si no la quería, y yo, un poco mosca, que dejara de decir tonterías, que al final íbamos a discutir.

Así pasó el verano, y cuando las viñas del tío Zoilo estaban ya plenas, cayeron dos semanas de lluvia que aún se recuerdan, ¡sobre todo él, que le aguaron la vendimia! El Minini, que es nuestro río, creció tanto que el puente parecía que lo ataba y lo separaba en dos, como el cordón de los chorizos, según lo veía yo desde el monte. Tan de repente se puso a llover, y con tanta fuerza, que algún ganado se perdió por el valle y fue apareciendo aquí y allá por el monte; la mayoría comido por los lobos y rebañado por liebres y urracas.

Yo iba encontrando cada día alguna res, y a la noche, si bajaba a Camorritos, buscaba al dueño y se lo decía. Un día encontré una vaca del Anselmo, era la Estrella. Anselmo no se lo podía creer, y se daba a todos los demonios cuando vio que le faltaba su Estrella, «Cualquiera menos la Estrella» –decía, como si fuera el amor de su vida–. El animal estaba metido en una barranca, y medio tapado por ramas. Era muy raro que hubiera subido tan alto al monte, y que no la hubieran comido los lobos. También era raro que no se hubiera matado al caer a la barranca, o que no se hubiera roto una pata. Se había debido de caer hacía poco, porque se la veía con fuerza, y mugía con ganas pidiendo ayuda. Bajé corriendo al pueblo, busqué a Anselmo, que estaba en el bar, y le conté. Enseguida cogimos a dos más, y al muchacho de Anselmo, que apuntaba ser buen mozo, y nos fuimos los cinco a la barranca con una cuerda que nos dejó Dimas padre. Llovía otra vez.

Llegamos donde la vaca casi de noche, la lluvia nos había entretenido, y el chaval de Anselmo no era hombre todavía para correr el monte así. Hicimos un fuego para alumbrarnos, pero no prendió bien, porque estaba todo mojado. La vaca nos miraba pasar por la barranca, y oía nuestros planes metida en su agujero. Ya no mugía, mala señal. Primero intentamos atarle los cuernos y tirar, pero no hubo caso, estaba ya muy floja para que le valiera sólo esa ayuda. Luego intentamos lo mismo pasando la cuerda por detrás de sus patas delanteras, para eso tuvimos que cavar un poco alrededor del animal. — Puta vaca –decía Anselmo todo el rato–. Mejor te hubieras muerto.

La lluvia nos ayudó a cavar, porque la tierra estaba blanda, y con todo y con eso tardamos un buen rato en terminar de quitar piedras de alrededor de la Estrella. Le pasamos la cuerda por las patas de delante, y mientras tres tiraban de ella, otro y yo agarrábamos cada uno un cuerno, y también tiramos todos a una. La vaca hizo lo que pudo también, y empezó a salir despacito al principio, y luego de golpe. Fue como si la tierra la hubiera parido. Desde entonces le decíamos al Anselmo en son de guasa que si tenía vacas o patatas.

Estábamos todos muy contentos, muy cansados y empapados. Aunque ya era noche cerrada, decidimos bajar al pueblo, y así lo hicimos con la vaca en medio de la fila como uno más, no se fuera a perder. Cuando llegamos aún nos esperaba Dimas en el bar. No nos preguntó; según dijo, no había más que vernos las caras para saber que había ido bien. El Anselmo salió fuera y desató a la Estrella y la metió en el bar, para que la viera Dimas padre, pero éste no estaba de muy buen humor después de toda la noche en vela, y dijo que ya estaba bien, que sacara la vaca, y que cada mochuelo a su olivo.

— Pero nos darás un caldo o un vino.

— Ahí hay caldo, vino y coñac. Coged lo que queráis y me dejáis el dinero en la barra y la cuerda también. Luego, cuando os vayáis, tú, Anselmo, cierras la puerta con llave, y me la das mañana por la mañana, que te la iré a pedir a la era.

— Vale, Dimas, gracias –dijimos todos.

— Hasta mañana, señores –dijo él, y se fue a la trastienda. Se giró en el umbral y me llamó–: Tu mujer ha parido esta noche un chico. Dice la mía, que la fue a ayudar, que es muy hermoso, y será un buen mozo, que sea enhorabuena.

Me quedé helado. La Petra había parido por fin. Todos me daban palmadas en la espalda, menos Pablillo, el hijo del Anselmo, que estaba dormido en una mesa.

Yo estaba muy cansado de todo el día, y tenía hambre, así que pensé que si iba a casa molestaría a la Petra. Todos se extrañaron de que no fuera corriendo a casa, después de todo era el primero, pero no era cosa de dar explicaciones; me quedé en el bar hasta que nos fuimos todos. Cuando llegué a casa las mujeres ya se habían ido, y Petra estaba en la alcoba con una luz pequeña en la mesilla. Estaba despierta y me esperaba con el crío en brazos, dormido encima de ella. Le pregunté qué tal, y ella estiró los brazos para enseñarme al chico. Parecía una comadreja, con el ceño muy fruncido y la cara colorada. Dos manos como guijarros asomaban sobre la manta que usaba Petra para envolverlo, era blanca y ella misma la había estado tejiendo semanas atrás. Todo estaba en silencio, y en la habitación aún olía a sangre.

— ¿Qué tal tú? –le volví a preguntar, y ella se encogió de hombros y se puso a llorar sin querer, haciendo pucheros como si la niña fuese ella.

— Duele. Duele mucho –y siguió llorando.

La besé y le pregunté si quería algo. Ella contestó que no con la cabeza sin dejar de llorar, así que me quité la ropa mojada y me metí en la cama. Estábamos cansados los tres y nos dormimos enseguida. Justo antes, cuando notaba que ya me estaba durmiendo, caí en la cuenta de que no le había dicho nada del niño. Le fui a decir que me gustaba, y que aunque era muy feo, tenía cara de espabilado, y que seguro que sería un buen mozo. Le fui a decir todo eso pero no pude, porque me quedé dormido. A la mañana siguiente, sonriente, salió el sol. La Angustias nos despertó para aviar la casa. Petra le dijo desde la cama que era muy buena, y que gracias; y ella trabajó deprisa, y enseguida la despedí en la puerta. Por la tarde volvería con las demás vecinas.

Ese día no fui a trabajar, y estuvimos hablando algo del parto: que quién la ayudó, que si le había dolido mucho, que qué buen mozo iba a ser, y todo eso. A Petra le disgustó que yo dijera que el chaval era feo, y me dijo que tenía a quién parecerse, que para feo yo. Eso me dolió y me fui. Estuve un rato a arreglar la valla del corral y cogí dos huevos. Cuando volví a la alcoba, el chaval estaba mamando como un ternero, y con tanta fuerza que parecía que se quería quedar con la teta. Hablamos un poco más, e hicimos las paces. Luego fui a la cocina y preparé unas migas, porque el pan hace que salga mucha leche.

Nada más comer cogí la bici y fui a Davalos a comprar chocolate y bizcochos, para cuando vinieran todos. Regresé maldiciendo la cuesta que sube hasta Camorritos, hoy algunos coches se las ven y se las desean para subirla, otros no, pero entonces aún no habían hecho carretera y las ruedas se hundían hasta los radios en el barro.

En casa estaban durmiendo los dos. Petra se despertó con la puerta, y me habló bajito para que no metiera ruido, así que dejé las cosas en la cocina, la besé otra vez, y me fui al bar. Ya empezaban a llegar las mujeres a casa.

En el bar estaban todos esperándome. Estaba hasta el cura, don Froilán. Más palmadas en la espalda y risas. Alguien me alargó un puro, y yo, que no fumo, me lo fumé, y todos brindaron a la salud del chico, y eso que pagaba yo. Dimas padre puso una botella de su coletto, y con ésa sí que brindamos alguna vez por los padres, y por mí. Luego, en un aparte, me cogió don Froilán y me dijo que al niño había que cristianarlo pronto, no fuera a ser que se muriese morito, Dios no lo quisiera, y se fuera al Limbo, o algo así. Yo ya andaba un poco achispado, y se me vino a la cabeza el nombre de Ignacio. Don Froilán quería ponerle el santo del día –que no sé ahora cuál era–, o que se llamara como yo, pero nadie me apeó del burro. Yo había dicho que Ignacio, e Ignacio había de ser, para que de mayor lo llamaran Tato. Esa razón convenció a algunos, y brindamos por Ignacio, el Tato. Estaban todos tan alegres, y me felicitaban, y hasta me abrazaban algunos recién llegados al bar. Yo pensé por un momento que de ésa me nombraban alcalde, o algo así.

El Julián no estuvo, no apareció en toda la tarde, el rufián. El resto de la semana sí salí al monte, aunque procuraba regresar pronto. La Petra era fuerte, y enseguida volvió a arreglarse sola en casa. La cara de Tato ya no era tanto de comadreja, y cuando abría los ojos, que era poco, se le veían claros y bonitos, muy vivos. Seguro que sería espabilado.

A la semana siguiente, el domingo, fuimos y lo bautizamos. Yo me puse el traje de la boda, que me venía pequeño porque había encogido, aunque la Petra decía que es que estaba más gordo. Y dimos en ponerle Ignacio, aunque a mí ya no me gustaba tanto el nombre, ni me parecía tan buena idea que lo fueran a llamar Tato, pero ya estaba dicho que Tato sería y Tato había de ser.

Yo pensaba que no seríamos muchos para el bautizo, que sería una cosa sencilla y rápida, pero se conoce que como aún estaba fresco lo de la vaca, la gente me quería mucho, o querían mucho comer de gañote y montar una fiesta a mi costa. El caso es que un poco antes de que comenzase la misa, se empezó a amontonar más gente de la habitual en la puerta de la iglesia –que tiene Camorritos una iglesia pequeña y antigua que ya quisieran los de Davalos, ya–. Vi cómo se presentaba la cosa y salí corriendo al bar de Dimas padre. Le pedí a ver si podía encontrarme un cordero pequeño, o un chivo grande para comerlo después. Me dijo que sí, que a la que acabara la misa nos pasáramos, que tenía él un cabrito lechal que, bien asado, nos íbamos a chupar los dedos.

Yo no quería celebrar nada, vaya eso por delante; pero puestos en ésas me dio el pronto de no montar la comida en el bar. Me pareció bien hacerla en mi casa, no en el bar, ¡que parecíamos borrachos, todo el día metidos ahí! En cuanto había que hacer una fiesta, o celebrar algo, ¡hala, al bar! El día era bueno, y podríamos comer bien todos en el patio. Le encargué también a Dimas padre una arroba de vino. Él me echó la cuenta y quedamos en que se lo pagaría a los pocos. Era buen hombre este Dimas padre, mejor que el hijo, que tampoco es que sea malo. Acordamos un buen precio, aunque supongo yo que él ganaría algo, como todo el mundo.

En cuanto acabé con Dimas padre volví corriendo a la iglesia. Llegué sudando y con el traje desarmando. La Petra me miraba con una cara que si pudiera me habría matado, y don Froilán también. Me pasó a la sacristía, donde me pude refrescar y componerme un poco, y enseguida empezamos; la misa primero y el bautizo después, como está mandado.

Bajábamos todos de la iglesia hacia mi casa como en una procesión. Delante íbamos la Petra, el Tato y yo; el Tato envuelto en una toquilla blanca parecía una bola de nieve. La gente se nos acercaba, nos decía alguna gracia, se la reíamos, y enseguida se volvía con los de detrás, camino de mi casa.

Me separé un momento para dar aviso a Dimas padre de que ya íbamos, y el hombre se afanó en el horno, y mandó a Dimas chico que se viniera conmigo con la garrafa de vino, y un corte de queso que me dijo que iba de su cuenta. Me pareció bien. Se lo agradecí y nos fuimos.

En casa ya tenían liada la celebración, y cuando llegué con el Dimas chico, el vino y la carne, el alboroto fue tremendo. Uno había ido por una guitarra, y el mantel ya estaba en la mesa que habían sacado al patio, como yo pensaba. Cuando vieron el asado se dejaron de bailes y se pusieron todos alrededor de mí, que sonreía orgulloso. El Dimas voló a la taberna para traer pan, apareció al momento, jadeante y sudoroso, con una hogaza como una rueda y diciendo que su padre le había dicho que volviera. Me disgustó un poco que no se fuera a quedar, pero en ese momento la palabra de Dimas padre era ley para mí. Cuando volvía al patio, después de despedirle, los vi comer a todos a dos carrillos, incluso a la Petra. El chaval dormía a la sombra de la parra, en un rincón, y yo no había probado bocado. En la fuente aún resistían tres trozos. Empezaron a aplaudir, y querían que dijese unas palabras, un brindis o algo. Dije lo normal, que gracias por venir, que esperábamos que todos fuéramos felices siempre... No me acuerdo ya.

Lo que sí recuerdo es que me tuve que apurar al final para coger el último trozo de asado, que tenía bastante de pescuezo, y que se lo gané por la mano a la mujer de Anselmo, que aún me puso mala cara. De vino íbamos bien, pero la comida escaseaba; así que cogí la hogaza casi entera, y me fui a la cocina para prepararme unas migas, porque tenía hambre. Me dijeron que dónde iba yo a cocinar con el traje, que se iba a manchar, y yo, que estaba empezando a enfadarme, echaba tocino a la sartén sin contestar. Me dijeron que ya iba todo bien de comida, que las migas sobraban, que no fuera burro; pero mis tripas me decían que sí, y que tuviera cuidado con el pimentón, no se me fuera a pasar, que luego amargaría.

Saqué una perola de migas que cayó sin sentir, como los vencejos de los árboles cuando aprieta el sol. De la segunda perola sí pude comer, y bebí vino, y se me arregló el humor un poco. Pensaba en el gasto que había hecho para aquellos triperos, que si todo está bien pasa sin pena ni gloria, y si falla algo te desuellan. Menos mal que le podía ir pagando poco a poco a Dimas padre. En ésas me acordé del queso, y lo saqué y lo comimos con miel. Cuando terminaron con el queso, como veían que ya no había más, se cantaron un Aleluya, y se fueron en rebaño, como habían venido.

Allí nos quedamos los tres, el Tato dormido. Nos sentamos en el sol, aunque se empezaba a nublar, y durante un rato no dijimos nada. Al cabo de mucho, la Petra me preguntó por la comida, y le expliqué lo de Dimas padre y se puso a recoger preocupada. Yo creo que me quería reprochar algo, pero no dijo ni mu.

Por la tarde, ya anohecida, fui a llevar la fuente limpia y la garrafa a Dimas padre. En la taberna estaban todos los hombres, que se callaron cuando llegué yo. Puse los cacharros en la barra. Me iba a la puerta sin decir nada, y Dimas padre me dijo a voces que los hombres habían ido a pagar la comida de antes, que era asunto resuelto.

Ya me iba a ofender, ya iba a estar humillado, cuando todos se me echaron encima. Me daban palmotadas, y se reían de mi cara de por la tarde, cuando a poco me dejan sin comida para el mes. Enseguida que entendí la broma me reí también. Luego los invité a unos vasos, y me fui a casa a contarle a Petra. Aún iba barruntando la broma, y me reía –yo solo, como un loco– de vez en cuando. A la Petra no le hizo tanta gracia, pero se la veía más tranquila después de pensar que al fin y al cabo quien había comido de gañote había sido ella.

Pasó el tiempo, y el Tato se convirtió en un zagal. No estiró mucho, y aunque no comiera no tenía hambre, pero estaba gordo. Su madre decía que gordo no, sino fuerte y bien criado, pero Tato tenía barriga y papada, y la cara redonda como la de un angelote.

Fuerte sí que era, y vivo también. Pronto se hizo el amo de la escuela; porque Camorritos era por aquí el único pueblo con escuela, junto a Davalos, claro.

Pero lo mejor del Tato era su cara. La tenía llena de pecas, y cuando sonreía enseñaba dos paletas grandes y separadas; una estaba un poco rota en un pico porque en unas fiestas, durante la procesión, alguien lo empujó para acercarse al paso y tocar el manto del Cristo, y el chaval se cayó de boca contra el suelo. Yo no estaba y no lo vi, pero me dijeron que el fulano era forastero y nadie sabía quién era; si no, lo habría ido a buscar.

La risa del Tato era contagiosa. Siempre estaba maquinando algo, y en cuanto conocía a alguien se hacía su amigo. Como era tan espabilado, pronto se le acabó la escuela en el pueblo. Entonces quise que saliera conmigo al campo, para enseñarle el monte y sus reglas, como había hecho mi padre conmigo, y también porque me gustaba estar con él y oírle hablar, y verle reírse. Pero él no quiso, y no es que no le gustase estar conmigo, bien lo sé yo, es que el monte, los animales y las historias de los caminos le divertían un rato, pero allí no había gente, y a Tato le gustaba mucho más la gente que cualquier otra cosa.

El maestro decía que debía seguir estudiando, que tenía cabeza; y el Tato leía y leía, y decía que a Davalos no, que era poca cosa; que él quería ir a la capital para hacer bachillerato y una carrera.

Parecía mentira, el mocoso. Muchas veces estuve a punto de plantarme y decir que ya valía de zaran-dajas, pero al final entre el maestro y la sonrisa del mico, me vencieron, y consentí en que fuera al año siguiente. El maestro se encargó de buscarle allí un techo sin que nos fuera a costar nada, porque conocía allí a gente de confianza –decía–. La Petra no quería: que era muy joven, que dónde iba a ir tan niño, que no iba a perder a su hijo, que no y que no y que no –todo con lágrimas y ahogos–. Pero yo estaba en que era lo mejor, y en que podríamos hacer un sacrificio para que el chico pudiera ir y educarse como un señor, y vestirse como un señor, y que no era tan niño, que ya era un hombrecito, y que sí.

Así estuvimos una noche entera, discutiendo en la cama, con la luz apagada. Al Tato se le sentía escuchar detrás de la puerta, pero no entró, y no lo echamos de donde estaba. Quedamos en ir a consultar al cura, y al domingo siguiente, después de la misa, entramos en la sacristía, más corderos que leones, para hablar con don Froilán.

Él empezó por quitarme la razón a mí, para después quitársela a la Petra, que ya empezaba a poner voz llorosa. Al final nos dijo que si el Tato era listo, eso era un don de Dios, y que es pecado despreciar los favores del Señor, o sea, que sí, que se debía ir. Vi la cara de Tato sonreír asomando a la ventana de la sacristía. No nos podía oír desde ahí, pero digo yo que cuando vio a su madre ponerse a llorar, se imaginó lo que decía el cura, no sé. Desde entonces tengo yo para mí que a lo mejor se comincharon antes de nuestra visita el cura, el maestro y el Tato, y que la respuesta de don Froilán estuvo amañada. Nunca le dije nada de esto a Petra; total, me habían dado la razón.

Petra anduvo huraña un tiempo, y se encabezonó en decir que no; pero yo sabía que había perdido, y que el chaval iría.

Así que pasó un año. Tato leía cada día más, para prepararse, y yo dejé de decirle que viniera al monte conmigo. Me iba con la Rusca hija si hacía bueno. En ese año ahorramos algún dinero para los gastos que se avecinaban. A veces un año pasa tan rápido como una hora.

Tato se marchó un día de mediados de agosto. La Petra casi no lloró en la estación porque estaba des-pistada mirando todo lo que había alrededor. Como la Rusca, iba olisqueando todo el camino. Siempre que bajaba a Davalos le pasaba igual.

En ese año Tato había crecido y hablaba más despacio y más ronco; pero seguía teniendo la sonrisa igual, a pesar de que intentara taparla dándole forma a la pelusilla que crecía en su cara. «Mierda de

gato te habrás de dar si quieres que te crezca», le solía decir yo; y él, un poco corrido, decía siempre algo de los gatos y de los bigotes que yo no entendía por más que lo cavilase.

Le habíamos hecho un abrigo de paño que le tapaba las manos y se asomaba a los talones por abajo. Decidimos que fuera un poco grande para que le estuviera crecedero, que los chicos nunca dejan de crecer; y estaba ahí, con el abrigo puesto, tieso como un lapicero, sudando la gota gorda bajo la solana de la estación de Davalos y sonriendo a todo. Nunca lo miré tanto como aquel día, y es que me sentía un poco viejo.

Aunque la Petra no lloró casi aquel día, yo sé bien que lo tuvo que hacer después, porque quien más sola se quedaba con la marcha del Tato era ella.

Yo seguía en el monte, y en fiestas iba a cazar, pero procuraba bajar pronto a casa para que no estuviera mucho tiempo sola y le diera por comadrear o entristecerse.

Al poco se acostumbró, y me recibía tan contenta como antes de tener el hijo, que me preguntaba yo para mí si es que querría tener otro.

Los vecinos que se acercaban después de la marcha de Tato para ver si queríamos algo, o por cotillear, nos fueron dejando tranquilos poco a poco; sólo el maestro seguía visitándonos cada una o dos semanas para leernos una carta del chico, o para contarnos que iba bien, que tenía exámenes, que era popular...

Nunca nos pidió dinero; y eso que teníamos, que para eso habíamos ahorrado tanto. Aunque se lo ofrecíamos, él nos lo rechazaba, y decía que no era por hacernos el feo, que es que al chico lo habían becado porque era un diamante en bruto, que sus maestros estaban encantados con él, y que le esperaba un porvenir brillante. Yo creo que exageraba un poco para que no nos preocupásemos y estuviéramos orgullosos. Conforme fue pasando el tiempo, y la vida tranquilizándose, yo volví cada vez más al monte y Petra a sus cosas, y se vino el invierno; y tan fuerte vino que llegó a helar hasta los pozos.

Ese año enfermé porque pisé a la orilla del río un trozo de hierba helada, resbalé, y me caí al agua. Salí enseguida, la escopeta chorreaba por el cañón. Se me habían mojado la comida y la munición, así que tiré para casa. La ropa también se me mojó, y encima me quedé sin sol por el camino.

Cuando llegué a casa y llamé, me molestó hasta la corriente de la puerta al abrir Petra. No tenía tos, pero notaba un pinchazo en el pecho y tenía pitos en los pulmones.

Mi cara debía de estar muy roja, porque la Petra no decía nada más que «¡Virgen qué cara!, ¡Virgen Santísima, qué cara!», y me puso un trapo con vinagre en la frente para bajar la fiebre, que decía ella. Estuve dos días tosiendo y escupiendo sangre, que decía todo el mundo que a ver si iba a ser tuberculosis. Mandaron llamar al médico y dijo que de tuberculosis nada, pero que una buena pulmonía sí que era. Dijo que cama, buena comida, y vahos de eucalipto por la mañana y por la noche, que si no mejoraba habría que usar inyecciones de penicilina. Estuve a la muerte tres días y tres noches más, con calentura, tos y tiritonas; Petra me cebaba como a un marrano y me daba vino caliente con miel todas las noches. En una semana salí de la cama, y dos días después ya andaba diciendo de ir al monte, aunque fuera solo por las mañanas.

A los tres días ya volvía a patear las trochas del collado, y a oler las jaras de la risca Santa Catalina. Me fatigaba más que antes, y por las mañanas me entraba una tos que parecía que me fuera a dar la vuelta como un calcetín, pero no dije nada a nadie no fuera que la Petra me volviera a meter en la cama otra vez o llegara el médico con su inyección.

Vino pronto la nieve, lo que me obligaba a pasar la semana de refugio en refugio. El primer día malo lo aguanté, pero se ve que no andaba yo muy recuperado de la pulmonía, porque pasé una noche toledana. El segundo día ya me había terminado las provisiones del zurrón y no pude cazar nada para la cena, además seguía sin andar muy católico, así que pensé en ir a dormir a casa.

Entré despacio para darle una sorpresa a la Petra, era tarde ya y debía de estar dormida. Abrí la puerta de la alcoba y encendí la luz a la vez para darle un susto. ¡Y vaya si se lo di!

En la cama agazapados como conejos estaban Petra y el Julián. Todo fueron gritos míos y de Petra, ella que «¡Ay por Dios!», y yo que «¡puta!». Se tapaba el camisón con el embozo de la sábana y no dejaba de gritar, como si yo fuera un maleante o un violador. El Julián no decía nada; tardó mucho tiempo en moverse, y cuando salió de la cama para vestirse, lo hizo despacio y como temeroso de que lo viera.

Ahora me río, pero en aquel entonces echaba todos los dioses y todos los santos por la boca. Le tiré a la Petra el zurrón y la escopeta a la cabeza; seguía gritando. El Julián se vino para mí, pero se quedó como de piedra cuando saqué el cuchillo. Me di la vuelta y salí al corral, nadie me seguía. Salté la valla de mi corral y me fui al de Julián, le tiré la cerca a empellones y le degollé todas las gallinas,

pisé los pollos y le maté el gallo, y una mula que tenía se la maté también, luego me lié a palos con las ventanas y con toda la loza que había en la casa hasta que ya no pude más.

Volví a la mía otra vez por el corral, con el machete y el palo, pero ya no había nadie. La Petra se había ido a casa de su prima Aurora, supuse, y el Julián no sé dónde iría, pero seguro que pasó mala noche. Yo notaba otra vez la calentura de la pulmonía y los mismos pitos en el pecho, así que me metí en la cama tapado hasta las orejas y dormí de un tirón hasta bien entrada la mañana del día siguiente. Vino a verme Félix, el marido de la Aurora, y me intentó dar jabón diciéndome que la Petra estaba arrepentida, que temía que yo la fuera a matar, que por eso se había marchado, y que la perdonase. Yo le contesté que los trapos sucios se lavan en casa, y que viniera ella, y él me dijo que nadie en el pueblo sabía lo de Petra y el Julián, salvo la Aurora y él, claro, pero que podía estar tranquilo, que no lo iban a decir a nadie. Me lo juró por Dios, y me dijo que por qué no iba con él a su casa y hablaba con Petra, que nos dejarían solos. Yo al Félix le tenía en buena ley y terminó por convencerme.

Fuimos los dos a su casa y allí, en la cocina, estaban su mujer y la mía con el desayuno preparado. En cuanto entré Aurora se puso en pie y se marchó, sólo nos dijimos buenos días. La Petra estaba sentada y yo de pie, me acuerdo como si lo estuviera viendo; parecía muy triste y estaba toda desgreñada, ni siquiera se atrevía a mirarme. Yo aún no me había aseado desde la noche, y todavía tenía sangre seca en las manos y entre las uñas.

Me senté en el banco de la cocina y me puse a mojar un bizcocho en la leche. Yo soy muy goloso, y enseguida me terminé la bandeja que había. Petra salió como un rayo a la despensa y me trajo más. Luego se me cayó la cuchara al suelo de la cocina, que tenía la Aurora de tierra muy pisada, y la Petra la recogió, la lavó, y me la dio por el mango. Yo la miraba y ella a mí no. No hizo falta que habláramos y no quise preguntarle nada.

Cuando terminé de desayunar me levanté y le dije: «Vamos a casa», y recogió la mesa y se vino conmigo. Anduvo más suave que una nube desde entonces, y cuando, por lo que fuera, algo la molestaba y se ponía a relatar, me bastaba ponerme serio y mirarla para que se quedara callada.

Nunca más la oí reír.

Al Julián tardé en verlo, estuvo una temporada fuera de su casa, no sé dónde iría, y cuando volvió no hubo escándalo ni protestas ni nada, procuraba huirme.

Aun así nos encontrábamos de vez en cuando; en la era, en la calle, o donde Dimas padre. Yo siempre que lo veía le arreaba un mamporro. Dependiendo del humor que tuviera así era un mojicón o un espaldarazo que lo dejaba patitieso. Yo disimulaba el arreón con algún comentario amistoso: «¡Anda, el Julián!», me iba para él y... «¡Qué pasa ladrón, cómo estás!», y zas, le escantillaba una bofetada que le dejaba los dedos marcados en la jeta para toda la tarde. Procuraba sonreír mientras lo zarandeaba luego, y me iba con los otros. A todos les chocaba que de repente hiciera tan buenas migas con él, pero no se metían; de todas formas yo no les iba a explicar los motivos, ¿estaría bueno!, y al Julián tampoco le interesaba irse de la lengua; porque entonces tendría yo excusa para majarlo a palos con razón a la vista de todo el pueblo, y a la Petra también; porque aquí, en Camorritos, está mal mirado ser cornudo, pero es peor si no se le pega una paliza al contrario, que entonces eres además consentido, un bragazas, y los palos van para ti.

O si no, lo que le pasó al Zacarías, que pilló a la suya con un mozo forastero, que encima era militar en Davalos, y en la paliza se le fue la mano y lo mató, y fue a la taberna luego a pedirnos ayuda. ¡Cómo lloraba el hombre mientras enterrábamos al otro a un lado de la cuesta!, donde tenía un huer-tajo que casi siempre estaba en barbecho. Decía que lo que más sentía era haber tenido que decirlo para que le ayudáramos, y que la fresca de su mujer aún siguiera viva.

Poco le duró de todas formas, porque se murió antes del año, dicen que de fiebres, pero no había día que no apareciera con un moratón distinto. El Zacarías fue bruto hasta el día en que lo mató de una coz una mula que tenía que era más mala que un rayo.

Pues eso, que al Julián no le interesaba nada tampoco que saltara la liebre; por eso aguantó el muy manso todos los golpes que le di hasta la primavera, que dijo que tenía que ir a cuidar a una hermana suya que vivía en Galicia y que estaba muy mala la pobre. Malvendió sus cosas y se fue un buen día. Sin despedirse, porque no tenía amigos. Igualito que cuando se fue el Tato, que la semana antes fue toda de borracheras en la taberna, y todas a la salud de mi hijo.

A la Petra parece que se la veía aliviada desde que se fuera el rufián, que, aunque seguía sin reírse por nada, sí se le notaba más gracia al hacer las cosas. Me quería mucho, se lo veía yo en los ojos.

La Petra también se me murió con los años, ya de vieja se conoce. Nunca había estado mala, y un día dijo que le había dado un dolor y no comió. Se pasó una semana en cama y se murió. Ella ya sabía que estaba de morirse, porque no hacía caso del doctor ni de los consejos de las comadres. Por la

noche, cuando estábamos solos, me decía que la tenían aburrida, que se tenía que morir porque estaba de Dios, y que ninguna cataplasma había podido más que Dios, que ella supiera.

Yo la miraba en silencio y decía que sí con la cabeza, pero no me hacía maldita la gracia que se fuera a morir. Ella me decía que me cuidase cuando faltara, que no comiera siempre migas, que procurase dejar lo de guardabosques a la que pudiera, que ya estaba yo mayor para ir zascandileando por el monte, y que no fuera tan dejado y que procurase cuidar al Tato. Yo me iba de la habitación porque no viera que se me ponía un nudo en las tripas, y respiraba hondo el aire y miraba a las estrellas que a veces me sacaban lágrimas. Luego volvía, y me la encontraba con el rosario, o dormida, con un resuello lento y fatigado. Entonces la dejaba sola y me acostaba en el catre de Tato, que lo habíamos puesto en el zaguán, al lado de la alcoba.

Los dos últimos días las mujeres rezaban el Rosario a todas horas. Petra ya no las seguía, estaba dormida y sólo sabíamos que no había muerto porque de vez en cuando respiraba. Al final, una vez, su pecho no hinchó la sábana, y todas las mujeres se abrazaron llorando. El Tato y yo estábamos en la habitación, y nos salimos fuera para que la preparasen y la amortajaran.

El Tato había venido alguna vez en verano, mientras las vacaciones. Su madre le decía que estaba adelgazando, y era verdad; cuando se enteró de que estaba mala le faltó tiempo para venir, aunque estaba de exámenes, y entonces sí que se me pareció a mí la sombra de la muerte que la venía a buscar, tan alto y espigado, con el abrigo, un poco raído ya, por las rodillas, la cara seria y los ojos profundos y hundidos. No llegó a verla despierta, y cuando salimos a la habitación donde había muerto, se fue al corral y en un rincón se agachó y se puso a llorar silencioso y tímido como el rocío.

Después de que al día siguiente pasara el pueblo entero a presentarle sus respetos, la metimos en el cajón y le dimos tierra en el cementerio. No recuerdo un día más frío en toda mi vida.

El Tato se quedó conmigo unos días. Yo no quería que perdiera más exámenes y que se le fuera al traste el curso; además se me hacía raro el verlo en casa. En esos días hablamos poco. A ninguno le valía el consuelo del otro, así que una tarde, en el patio, le dije poco más o menos que su madre se había muerto y muerta estaba, y que no hacíamos nada así como estábamos, que parecía que la fuéramos a resucitar. Él me miró callado, y entendió lo que le dije, aunque no sé si bien. Ahí vi que el Tato se había hecho un hombre, o que le faltaba poco para serlo. A la noche me dijo que por la mañana cogería el tren.

Yo me quedé solo. Seguía en el monte por el día, y en casa por las noches. Al principio no me acostumbraba a ver desde la loma la ventana de la cocina sin luz, pero después todo fue pasando. La Aurora venía por casa una o dos veces a la semana para arreglarla un poco, aunque no hiciera falta, porque yo soy muy limpio y además apenas paraba allí, sólo llegar, cenar y acostarme. Así fue pasando el tiempo; mis amigos de la taberna se iban haciendo menos bullangueros, y empezaron a faltar algunos; a mí, que desde lo de la pulmonía no había vuelto a ser el mismo, cada día me costaba más la montaña, hasta que pedí el retiro; la Rusca hija se hizo hembra adulta, y después vieja, y enterramos a muchos: a Dimas padre, a Félix, el de la Aurora, a Nicolás, que lo pilló un coche y lo mató, no sé... a muchos.

Cuando se murió Félix todo el pueblo pensó que la Aurora y yo nos juntaríamos, pero ¡ca! ¡Si no teníamos por qué! Éramos ya mayorcitos para andar con jugueteos, y, aunque nos llevábamos bien, era mejor ella en su casa y yo en la mía. Todavía viene de vez en cuando, a aviar la casa, dice ella, pero está muy vieja. Si hace bueno, siempre acabamos sentados en el pollete de la entrada tomando el sol. Ella habla a veces, otras no, y yo fabrico bastones. Antes de la primavera me dedico a cortar las ramas que me parecen bien; las ato y las dejo secarse hasta mediado mayo más o menos, luego, cuando empieza el buen tiempo, me dedico a tallarlas y a quitarles los nudos con la navaja, y si veo que alguno me ha quedado bien, le pido a la Aurora una puntera de hierro, que las consigue ella en Davalos. Cuando vienen los andarines de la capital, yo vendo los bastones, los de puntera más caros, y entre eso y la jubilación, me voy apañando todo el año.

El Tato me dijo que volvería de vez en cuando, y de vez en cuando volvió, y aún viene de vez en cuando. Un día me dijo que se iba a casar, y yo le dije que bueno, pero no fui a la boda porque la hizo en la capital, y no me petó a mí salir del pueblo, coger el tren y todo ese lío, así que al poco se me presentó con una moza simpática y fina, que me hablaba como con pena, igual que todos los de la capital, como si fuera uno tonto.

No le debí gustar porque tardaron en volver; se bajaron de un coche que parecía un tanque los dos, y detrás dos pequeñajos gemelos que aún no andaban bien. Me gustaron mis nietos porque me recordaron a Petra, y al Tato le gustó que me gustaran, y a su mujer también. Creo yo que por eso vinieron mucho durante una temporada, luego desaparecieron otra vez. La última vez que les vi, los niños ya eran dos angelotes rosados y con botas, como de ciudad, y habían aprendido a hablarme con pena,

como su madre. Mi hijo también parecía un angelote. ¡Lo que había engordado! Lo vi cambiado, parecía extraño al pueblo y a mí, lleno de recuerdos y con prisa por marcharse, para no coger caravana, decía.

Ella no vino. Le pregunté al Tato, que ya le molestaba que lo llamara así, y me dijo algo de enfados. Estuvimos mal, una excursión corta, los críos enfurruñados y con ganas de irse, y el Tato sin dejar de hablar de su trabajo, de lo bien que se vive en la ciudad, y de que me debía ir a una residencia.

El Tato trabaja de ingeniero, y debe ganar bastante dinero, porque habla como los ricos, todo el rato que si vendes que si compro, que si te pago... El Tato es un poco lila, me parece a mí.

Se fueron en buena hora, lo estábamos deseando todos, y de momento no han vuelto. Ya lo harán, a ver qué cuentan de nuevo.

¡Que me vaya a una residencia! No sé para qué, si yo aquí con las montañas, la Aurora y los bastones tengo bastante. Ya sé yo que voy para viejo, y que igual no hago ya nada en la vida, pero no me duele nada y estoy bien y estoy en paz con el pasado. Así que ya me moriré cuando me toque, que espero que sea tarde. Yo de momento estoy bien aquí, en Camorritos; porque aquí, en Camorritos, se está bien.